

# El gran norte novohispano y mexicano en la cartografía de los siglos XVI-XIX\*

---

DENÍ TREJO BARAJAS\*\*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v0i38.2712>

Celebro la publicación de un libro cuyo centro de atención está puesto en cómo se fueron construyendo cartográficamente y, por lo tanto, conociendo e identificando, diversas zonas del gran norte novohispano-mexicano entre los siglos XVI y XIX. Hay que reconocer la tarea de coordinación y edición de José Refugio de la Torre Curiel y Salvador Álvarez Suárez para que una obra de esta naturaleza logre un interesante entrelazamiento entre sus capítulos, de manera que los lectores podamos advertir una línea de investigación común que, en buena medida, está trazada en el texto introductorio, donde se ventilan los problemas alrededor de la comprensión e

identificación del norte novohispano, el gran norte ignoto, zona de movilización de poblaciones indias no sujetas al poder hispano y de enfrentamiento y negociaciones entre indios “bravos” y poblaciones colonizadoras. El gran norte homogeneizado bajo la mirada de los indios del Altiplano y de los españoles que recién se aventuraban en recorrerlo explorando y buscando minas y tierras prometedoras. Gran región que es reconocida también, y se muestra en cada uno de los trabajos que integran este volumen, por la mirada indirecta de los cartógrafos europeos que rápidamente recogen las informaciones llegadas del Nuevo Mundo.

El libro en general sigue una línea que integra con sintonía una gran variedad de mapas, cuyas reproducciones son de muy buena calidad, y que son la base de las explicaciones de cada uno de los autores. En algunos casos parece que ciertos mapas se repiten pero la mirada y el acento está puesto

\* José Refugio de la Torre Curiel y Salvador Álvarez Suárez (coords.), *El gran norte novohispano y mexicano en la cartografía de los siglos XVI-XIX*, El Colegio de Sonora/El Colegio de Jalisco, Hermosillo, Sonora/Zapopan, Jalisco, México, 2020, 245 pp.

\*\* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, e-mail: [dtrejo.tla@gmail.com](mailto:dtrejo.tla@gmail.com).



en un punto distinto de tales mapas, de manera que más que resultar repetitivos dan lugar a focalizaciones y explicaciones complementarias.

Siguiendo los mapas a lo largo de los siglos coloniales, reconocemos en cada uno de los capítulos apreciaciones generales del gran norte o de las “provincias” o regiones específicas dentro de éstas, tal como eran recogidas por descripciones de conquistadores y exploradores o por la imaginación europea. También nos acercan a las percepciones que se tenían tanto de los exiguos asentamientos hispanos del extremo norte como de la presencia, tan temida por éstos, de poblaciones indias no sometidas, como los “chichimecas” o los comanches.

Invitamos al lector o lectora a un recorrido a “vuelo de pájaro” por cada una de las aportaciones que integran esta obra, con la intención de tentar a su lectura y experimentar un interesante viaje por el extremo norte de la América hispana, en los momentos en que el conocimiento de éste era más producto de viejas ideas aderezadas con algunos cálculos y gran imaginación, pero que poco a poco irá adquiriendo una forma cercana a lo que hoy nos es familiar.

En el primer capítulo, “Los conquistadores del siglo XVI, la cartografía del septentrión ignoto y los indios más antiguos del mundo”, escrito por Salvador Álvarez, resulta de mucho interés su discusión con las interpreta-

ciones metahistóricas y de corte trascendente que identifican a un Hernán Cortés que tiene claro el propósito “moderno” de la conquista, cuando, sostiene Álvarez, habría sido su interés exploratorio para llegar a la Mar del Sur lo que lo llevó irremediablemente a la guerra con los aztecas y a su sometimiento. Ese afán exploratorio es la motivación que guía al autor a preguntarse acerca del conocimiento de hombres como Cortés sobre los mares y tierras conocidas y sobre dónde creía él encontrarse. Quizá podría cuestionársele al autor ese regreso tan amplio, temporalmente hablando, hasta la Antigüedad clásica y medieval; pero lo cierto es que nos hace comprender en qué se basaban las ideas ecuménicas de los exploradores-conquistadores, con sus imaginarios acerca de un Asia inmensa, extendida y llena de misterios por descifrar; ideas que estarían en sintonía con su interés por acceder a la Mar del Sur. También explica cómo se fueron reconociendo las masas de tierra al norte y al sur de las islas descubiertas por Colón, siendo la septentrional la que encerraba algunas incógnitas asociadas a las tierras asiáticas extendidas.

Finalmente, a través de la cartografía de tradición europea y de algunas crónicas, Álvarez expone cómo fueron reconocidos los indios a los que se les identificó con una palabra que los homogeneizaba: “chichimecas”. En el inmenso y desconocido territorio

en el que se movían estos cazadores-recolectores, se ubicó el origen remoto de los aztecas. Esta construcción histórica, dice el autor, se hacía posible partiendo de la concepción, todavía dominante en cosmógrafos y cartógrafos de la época, de que el norte del Nuevo Mundo formaba parte de una ecúmene inmensa, que ocupaba gran parte de la esfera terrestre y se conectaba con Asia, tal como se ve en la cartografía europea del siglo XVI y de la que se nos brindan numerosas pruebas en este apartado.

En “Tierra de leyendas, tierra de guerra: el norte de la Nueva España y la cartografía europea, siglos XVI-XVIII”, José Refugio de la Torre coincide con la perspectiva, planteada por Álvarez, acerca de la tradición renacentista en la concepción de los espacios y territorios que se fueron construyendo en los mapas del extremo norte de América. Reconoce las aportaciones de cartógrafos italianos, flamencos y franceses que van incorporando a sus concepciones previas las noticias de los exploradores y conquistadores. La conformación de estos territorios en los mapas que estudia, se caracteriza, dice De la Torre Curiel, por los intereses europeos frente al dominio hispano, de manera que se destaca en ellos: la conexión con Asia, la presencia de ciudades míticas reiteradamente buscadas por su riqueza y la existencia de pueblos bárbaros que se asemejaban a los belicosos cazadores de la Tartaria.

El trabajo de Joaquín Rivaya-Martínez, “Bárbaros en la cartografía de Nueva España. El caso comanche”, se centra en la revisión de mapas novohispanos elaborados por exploradores religiosos y militares que tuvieron la intención de mostrar la situación de las poblaciones hispanas de Nuevo México, desde que empiezan a aparecer los comanches en territorios aledaños, los cuales presionaban y empujaban tanto a las poblaciones hispanas como a otros grupos amerindios, como los apaches, a través del saqueo y del ataque a sus territorios de asentamiento y de caza del bisonte. A través del análisis etnohistórico de estos mapas, Rivaya-Martínez cuestiona el planteamiento de otros estudiosos acerca de la existencia de un territorio de dominación comanche, pues advierte que muy probablemente éstos también eran presionados por otros grupos de residencia más septentrional que los fueron empujando hacia el sur. Por esta razón en los mapas pareciera que los comanches flanquean el territorio de Nuevo México. Esta presión y el acercamiento a los asentamientos hispanos se vio favorecida tanto por su habilidad para moverse en incursiones guerreras para obtener caballos y otros bienes, como por la necesidad de comerciar pieles de bisonte.

En “A la luz de las representaciones coloniales del Bolsón de Mapimí”, Chantal Cramaussel, con base en una descripción exhaustiva de los mapas

realizados por ingenieros militares —que incluyen el Bolsón de Mapimí—, señala las diferencias y modificaciones que se advierten en ellos, producto de distintas exploraciones y visitas a lo largo del siglo XVIII. Sostiene que la función de dichos mapas no fue, como se ha sostenido por parte de otros autores, la de dar a conocer el territorio explorado. Su afirmación la fundamenta al apreciar los errores en las diferentes ubicaciones de un mismo lugar, las diferencias en los topónimos y de las dimensiones distintas que adquiere dicha región en cada mapa. Considera que fueron mapas realizados al llevar a cabo exploraciones con finalidades militares, de manera que van describiendo los puntos por donde pasan o se detienen pero sin una preocupación por el registro fidedigno.

El texto de María del Valle Borrero Silva, “Las visitas a los presidios internos y su aporte a la geografía y a la cartografía del norte novohispano”, se complementa con el anterior de Cramausel porque se basa también en los diarios y mapas elaborados por el marqués de Rubí, Barreiro y Lafora, sólo que la mirada de Borrero Silva es más amplia y destinada a comparar lo que aportaron estas cartas a la geografía y a la cartografía del gran norte, desde Nayarit a Texas. Coinciden las posturas de ambas autoras en que el objetivo de estos mapas no era informar para conocer la geografía de la

región. Su finalidad, señalan, era pragmática: enfocada a que las autoridades superiores conocieran las características geográficas, orográficas, hidrográficas, así como de las poblaciones nativas que habitaban dichos lugares y la relación que mantenían con los colonos hispanos, de lo que derivaba la política defensiva en la frontera, tanto frente a indios belicosos, como respecto de otras naciones que extendían sus intereses sobre el norte del continente americano, tanto por el noroeste como por el noreste.

Antes de continuar con la reseña del capítulo de Mario Alberto Magaña Mancillas, “Las Californias y el norte del Mar del Sur en el siglo XVIII”, debo decir que ésta es una temática que de manera particular me interesó desde que conocí el índice del libro, porque coincido con Magaña Mancillas en un interés particular por el estudio de las Californias, de ahí que, y se me excusará por ello, me haya extendido un poco más en mis observaciones sobre el mismo. Reconozco que me desconcertó un poco al inicio, debido a que hace un cuestionamiento, que no comparto, a la historiografía regional sobre las Californias, que, dice, ha sido estudiada como si fuera una ínsula, afirmación que considero debería ser explicada y matizada.

Reconozco que este cuestionamiento y algunos otros detalles meno-

res que valdría la pena discutir con Magaña Mancillas,<sup>1</sup> no desmerecen las aportaciones que a mi modo de ver hace este apartado. Una de ellas es la síntesis de cómo fue incrementándose el conocimiento de las costas californianas entre los exploradores y colonizadores hispanos, el cual les permitió reconocer los litorales del extremo noroeste de América hasta las proximidades de lo que hoy es el territorio de Alaska; asimismo toca un tema poco frecuentado en la historiografía mexicana: las exploraciones y colonizaciones de Siberia por parte de los rusos, que los llevaron hasta las Aleutianas, Alaska y las inmediaciones de lo que para entonces empezó a ser, para los hispanos, la Alta o Nueva California.<sup>2</sup> Ambos procesos, como

<sup>1</sup> Por ejemplo, decir que en el conocimiento de esas tierras “de la isla de California se pasó a la península de California”, cuando según estudios anteriores e incluso un capítulo anterior en este mismo libro, y como él mismo reconoce más adelante, en los viajes del siglo XVI se supo que era península, luego los cartógrafos europeos la dibujaron como isla y finalmente se volvió a confirmar su peninsularidad. También expone que “se fue colonizando la parte septentrional de la California, que empezó a denominarse como Antigua o Baja California”, cuando en realidad se refiere a la parte meridional de la península citada (la colonización fue de Loreto hacia el extremo sur y luego hacia la región central; sólo al final del periodo jesuita y del inicio de la presencia de franciscanos y dominicos se intentó colonizar misionalmente la parte norpeninsular).

<sup>2</sup> Extrañe, sin embargo, que el autor no mencionara a una conocedora de la historia de la Alta California y de la expansión rusa, Martha Ortega, quien, además de sus aportaciones a la historia de

bien dice el autor, hicieron posible que, a finales del siglo XVIII, hubiera un conocimiento más detallado del Pacífico norte, tanto en su parte oriental como occidental. La última parte de este trabajo corresponde a una interesante revisión comparada de los mapas de Delisle-Buache (1742), que todavía mantiene lugares míticos y revela un gran desconocimiento de la porción americana del Pacífico norte; el de Green-Jefferys (1775), que recoge la información de los mapas rusos, todavía mantiene un lugar mítico como el estrecho de Anian y no tiene el suficiente conocimiento del noroeste americano, y los mapas hispanos, tanto el publicado en la Noticia de la California de 1754, que tiene una perspectiva más amplia de las costas americanas (incluida la Nueva España) y de la porción rusa que liga Asia con América, como la carta de Bodega y Cuadra de 1779, mucho más precisa en el reconocimiento de la costa americana del extremo norte hasta Alaska. Considero, finalmente, que los aportes de este ensayo no logran engarzarse con la discusión sobre la

esa región, tiene un artículo sobre la expansión rusa por la Siberia hasta alcanzar las costas americanas, que enlaza muy bien la autora con el interés de los rusos por las pieles de nutria: Martha Ortega, “En busca de los rusos: expediciones novohispanas al noroeste del Pacífico 1774-1788”, en AA. VV., *La presencia novohispana en el Pacífico insular*, Universidad Iberoamericana, México, 1990, pp. 125-137.

historia regional que retoma al final Magaña Mancillas, aunque estoy de acuerdo —si entendí bien— con su reflexión sobre que el Pacífico debe estudiarse en función de las perspectivas y usos que le dan los habitantes de costas e islas en uno y otro lado de este gran mar.

En el último capítulo de esta obra, “Una línea en el desierto: la conformación territorial de Nuevo México a través de los mapas, siglos XVIII-XIX”, Martín González de la Vara explora los mapas que se fueron elaborando conforme avanzaba el conocimiento y aumentaba el interés alrededor de la región de Nuevo México, que junto con otras zonas pasó a manos estadounidenses en el siglo XIX, por lo que ha sido poco estudiada en la historiografía mexicana y menos desde la perspectiva cartográfica. La imagen que muestran los mapas revisados y aquí expuestos, dice González de la Vara, es la de una serie de poblados a lo largo de una línea que no tiene fronteras y se desconocen sus límites reales, motivo por el cual las representaciones cartográficas estadounidenses del temprano siglo XIX tienden a expresar la expansión de otras zonas sobre la de Nuevo México desde mucho antes de la guerra con México, que terminó con la absorción de este territorio por parte de la república estadounidense.

Considerados en conjunto todos los trabajos de este libro, podemos destacar que uno de sus aportes prin-

cipales ha sido el de rescatar la cartografía europea sobre cada una de las regiones estudiadas, sin desconocer las cartografías hispanas, novohispanas, mexicanas y estadounidenses sobre algunas de dichas regiones. Por supuesto, también es interesante que logran un diálogo fructífero entre mapa o representación cartográfica y las líneas explicativas-interpretativas de cada autor, rompiendo así con la tradición de las publicaciones dedicadas a la cartografía, que publican mapas más por su valor estético que por los elementos que aportan como representaciones simbólicas de realidades poco conocidas. En ese sentido es loable el esfuerzo de contextualización y de reconstrucción de los factores que hicieron posible estas representaciones cartográficas, sin pasar por alto los rasgos biográficos de los cartógrafos, las tradiciones cartográficas de las que partían y las vicisitudes por las que pasaron aquéllos que hicieron sus mapas después de grandes periplos de exploración, de visitas oficiales, de reconocimiento de regiones muy alejadas de los centros de poder, pero de gran interés para autoridades que querían identificar los límites o fronteras de los asentamientos hispanos respecto de las naciones indias no sometidas, formular estrategias de defensa más eficaces o, finalmente, progresar en el reconocimiento de los confines del Imperio español frente al avance de otras naciones.